

EL PASADO COMO FUTURO: UNA CONCEPCION DE LA HISTORIA (A propósito de un Debate).

Jorge Rafael Mora Forero*

Se ha dado últimamente en el país una discusión acerca del ser de la historia y de su docencia. Esto a raíz de las producciones de lo que se ha dado en llamar la Nueva Historia', pero fundamentalmente a raíz de la publicación de algunos textos de enseñanza por parte de varios profesores-investigadores, y en estos días por el lanzamiento del libro de García Márquez, *El General en su Laberinto*.

El Magazín Dominical de El Espectador intentó realizar un debate-diálogo entre representantes de la Academia de Historia y de los nuevos historiadores con el fin de contribuir a crear un clima de tolerancia para la exposición de ideas, dada la actitud de veto y de crítica fulminante asumida por la Academia Colombiana de Historia en contra de los libros de texto de que hemos hablado antes y de la novela de García Márquez¹.

Para utilizar una metodología eficaz, ordenaremos nuestra exposición en tres puntos, a saber:

1. El resultado del debate organizado por el *Magazín Dominical*, con los historiadores
2. Algunas cuestiones acerca de la elaboración del discurso histórico, y
3. La enseñanza de la historia en nuestro medio.

Con relación al primer punto, creemos que los objetivos no se cumplieron. A nuestro juicio eran dos:

- a) lograr un diálogo entre los representantes de las diferentes corrientes de interpretación de la historia, y
- b) contestar algunas preguntas con relación a la elaboración del discurso, su enseñanza, y la relación entre historia y literatura.

Dijo el moderador Marco Palacios, defendiendo uno de los objetivos del debate: "El estar aquí dispuestos al diálogo, es muy importante, porque lo más peligroso que podría ocurrir es que nos cerráramos a la confrontación de las ideas'. Y agregó, refiriéndose a los autores de los textos criticados:

* Profesor de Historia. Universidad Pedagógica Nacional

¹ "El debate de la historia: dialogar ante la intolerancia". *El Espectador Magazín Dominical* No. 316, 30 de abril de 1989.

“Probablemente ellos no hubieran querido estar, pero el argumento iba en la dirección de que a este país le falta dialogar entre generaciones”².

Al concluir el debate, uno de sus participantes, Mauricio Archila, concluyó que había sido “un diálogo de sordos” y el presidente de la Academia, Doctor Germán Arciniegas, se refería al mismo diciendo que había sido “muy desordenado”. Al fin “de sordos y desordenados”³. ¡Qué tal!

Y tenían razón. Se trató de hablar de todo, casi sin intentar contestar las preguntas formuladas por la discusión y cada quien defendiendo irreductiblemente su punto de vista y condenando, por lo mismo, a su adversario.

El Doctor Arciniegas se contradijo al afirmar, por un lado, que “sería monstruoso que las academias se cerraran para que no hubiera pluralidad en la interpretación de los hechos del pasado”⁴ y luego, por Otro, al descalificar los textos de Rodolfo de Roux y de Kalmanovitz, en últimas, porque no daban la interpretación de la historia que él cree ser la verdadera”⁵.

Y eso que a él no le gusta que se hable de “la verdad” de la historia como sí le gusta al profesor Kalmanovitz quien defendió de paso su manera de hacer historia y criticó la de la Academia⁶. De hecho este último afirmó también algo que nos parece un contrasentido. Frente a la crítica que le hizo el doctor Arciniegas, acerca de dejar por fuera de su historia a los héroes, Kalmanovitz contestó “es que yo no puedo hacer una historia económica y patria a la vez”. Porque entonces nos hacemos la siguiente consideración: Si los textos que el profesor Kalmanovitz escribe para enseñar en secundaria, no son de historia patria, entonces ¿de qué son? ¿Qué tipo de historia es? ¿Qué tipo de historia de Colombia enseñamos en secundaria que no sea historia patria? ¿o es que la historia económica, o social, o política, o de las ideas, de Colombia, no es historia patria?

Nos parece que Daniel García y Mauricio Archila trataron de ir al fondo del asunto: el problema fundamental de la historia no es el de lograr la certeza de algunos datos o anécdotas o el de descubrir la verdad de la historia sino el de establecer el principio de la pluralidad de interpretaciones de la historia como fundamento de la cultura, es decir, como parte esencial de una sociedad que se valora a sí misma y se afirma en la Carta Fundamental como democrática. Por eso afirmaba García: “El fin mismo de la enseñanza de la historia es que el estudiante se pregunte sobre su país y sobre su pasado. Si él llega a concluir que tiene razón el marxista o el no marxista ya es problema individual de la democracia, pero cerrarle la posibilidad de la discusión en la escuela me parece fatal. Criticar no es atacar, es abrir los ojos a tratar de entender la complejidad del proceso con más elementos”⁷.

² *Ibidem*, p. 5

³ *Ibidem*, p. 15.

⁴ *Ibidem*, p. 5

⁵ *Ibidem*, pp. 9, 10, 13.

⁶ *Ibidem*, p. 6.

⁷ *Ibidem*, p. 10

Y Archila: “No pretendo la búsqueda de la verdad sino de las verdades, porque parto del supuesto de que no existe una verdad absoluta histórica. Esa es un poco la tragedia tanto de una historia patria mal entendida como, si se quiere, de una historia politizada⁸.”

2. Con relación a la elaboración del discurso histórico y sin pretensiones de sentar cátedra, vamos a tratar de contestar, en la forma más sencilla posible, las preguntas al debate.

Creemos necesario aclarar, además, que para nosotros el sentido de la investigación no es tanto encontrar la verdad como sustentar una búsqueda. Porque, si encontramos la verdad ¿qué nos queda después? Quien encuentra o cree haber encontrado la verdad, se vuelve dogmático y el dogmatismo, como dice R.G. Collingwood, “siempre es señal de inmadurez”⁹.

¿Quién hace la historia? Todos los hombres. La historia es la acción de todos los hombres en el pasado. El doctor Arciniegas lo dice, “La historia la hicieron, de un lado, la gente humilde, analfabeta, que tiene una participación tremenda, y de otro, los que mandaban, los que tenían el poder por el mango”¹⁰.

El problema es que en los textos de historia no aparece la acción, el aporte tremendo de la gente humilde sino solamente de “los que tenían el poder por el mango”. Y esto tiene que ver con el oficio del historiador.

Por supuesto que una nueva elaboración de la historia no puede dedicarse a hacer “la otra historia” es decir, solamente la historia de quienes no tenían el poder por el mango. No sería una historia objetiva. Para serlo tiene que tomarlos a todos, porque todos la hicieron y porque de no hacerlo así, no sería explicable la acción de unos y de otros. Y hay que analizar ese pasado en todas las esferas del vivir humano: en lo económico, en lo social en lo político y en lo cultural.

Y ahí viene el gran aporte que ofrecen las Ciencias Sociales con sus métodos específicos. Sin el aporte de las Ciencias Sociales no se podría escribir la historia, salvo que la convirtiéramos en una burda narración. Porque la historia es síntesis dialéctica del actuar humano. Con relación a esto dice el gran historiador Pierre Vilar: “Es la única ciencia la vez global y dinámica de las sociedades, algo así como la única síntesis posible de las demás ciencias humanas..., ciencia que... debiera integrar los resultados de las restantes ciencias humanas... lo económico, mas lo social, mas lo ideológico espiritual, es igual a lo histórico. La historia es totalidad que no puede ser recortada en pedazos o sectores”¹¹.

⁸ *Ibidem*, p. 7.

⁹ Collingwood, R. O. *La Idea de la Historia*. México: F.C.E.. 1974, p. 18.

¹⁰ *El Espectador*, art. cit., p.8

Collingwood, R. O. *La Idea de la Historia*. México: F.C.E.. 1974, p. 18.

¹¹ Vilar, Pierre. Citado por Manuel Tuñón de Lara en *Metodología de la historia social de España*. México: Siglo XXI, 1973, p. 11.

Y el renombrado historiador de la Escuela de los Annales, el recién desaparecido Fernando Braudel le dedicó uno de sus libros a este tema¹².

Tampoco puede elaborarse el discurso histórico sobre estructuras como entes independientes, Sin contar con los hombres que están dentro. No hay economía, sociología, política o cultura en abstracto. Hay economía, sociología, política y cultura de hombres concretos. De los que tienen y de los que no tienen el poder por el mango. Las estructuras son la expresión de las relaciones de poder. Son la forma como se organizan los hombres a la vez como expresión de su conflictividad como instrumento para resolverla.

Con lo que acabamos de ver, estamos sosteniendo que la historiografía, el escribir la historia, la forma de captar el pasado humano, depende del historiador. Gran problema porque el historiador es ante todo un hombre, es decir, un ser circunstancial, hijo de un tiempo, de un espacio y de una cultura concretos. Tiene una visión del mundo que condiciona su percepción y explicación del pasado. Y esto es inevitable. H. I. Marrou, dice al respecto: "Como hemos visto no hay historia verdadera que sea independiente de una filosofía del hombre y de la vida, de la que aquella torna sus conceptos fundamentales, sus esquemas explicativos y, en primer lugar, las cuestiones mismas que en virtud de su concepción le planteará al pasado. La verdad de la historia está en función de la verdad de la filosofía que el historiador pone en juego".¹³

La historia es, pues, captada y escrita desde diferentes puntos de vista, porque los historiadores no tienen la misma visión del mundo ya que ésta depende de sus intereses que son sociales, del puesto que tiene en la sociedad, de la función que cumple en ella.

El historiador capta y trata de explicar fuerzas sociales en conflicto, simpatiza o antipatiza con ellas, pero no puede mantenerse al margen de ellas porque él mismo es un ser histórico y social. El mismo forma parte del proceso. Con ello no puede ser imparcial y no podría serlo, lo cual no significa que haga de su trabajo una arbitrariedad, como bien lo explica el historiador Edmundo O'Gorman cuando dice: "En efecto, puesto que conocer el pasado es conocimiento de sí mismo, malamente puede justificarse ni menos exigirse esa fría, inhumana, monstruosa indiferencia que la imparcialidad supone. Por el contrario, hay que admitir con franqueza y alegría que el conocimiento histórico es parcial, el más parcial de todos los conocimientos, o lo que es lo mismo, que es un conocimiento basado en preferencias individuales y circunstanciales; en suma, que es un conocimiento producto de una selección, el conocimiento selecto por excelencia. Las preferencias del historiador son las que comunican sentido pleno y significatividad a ciertos hechos que, por eso mismo, son efectivamente los más importantes, los más históricos, y, en definitiva, los más verdaderos. Y no se diga que esta operación selectiva es arbitraria, a no ser que se afirme a la vez que la vida

¹² Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales* Madrid: Alianza, 1970.

¹³ Marrou, H. I. *El conocimiento histórico*. Barcelona: Labor, 1968 p. 173.

humana es para el hombre una arbitrariedad, lo que en todo caso es un grandísimo disparate”¹⁴.

El discurso histórico no puede ser caprichoso, ya los hemos dicho. Debe ceñirse a una metodología, lo que implica una coherencia. Estas metodología y coherencia cristalizarán en una buena explicación de los hechos del pasado ya que el papel de la historia no puede ser solamente contar cómo ocurrieron los hechos sino fundamentalmente explicar el por qué de ellos.

De todas maneras, lo que hemos venido comentando es lo que justifica la aceptación de una pluralidad de pensamiento acerca de la historia. No hay una verdad de la historia; hay diferentes interpretaciones de ella. Si una de ellas se convierte en “verdad oficial”, ya sea a partir del Estado o en la cátedra misma; la historia se sacraliza, el pensamiento se estanca y la crítica, base del progreso, se anula. La sociedad comienza entonces a riostrar las orejas y los colmillos del monstruo totalitario, y la inteligencia tiene que entrar en receso y esconderse en las sombras del anonimato o del silencio.

Un caso de “historia oficial” y “sacralizada” es el de la historia heroica que mitifica a los héroes de la independencia. Esta concepción afirma que son los héroes los que hacen la historia. La historia la hacen los grandes hombres a quienes se muestra como modelo de todas las virtudes, como semidioses o como dioses, olvidando lo más interesante de ellos: su humanidad. Por eso cuando un historiador o un literato, tratan de mostrar esa faceta de los héroes, se pone el grito en el cielo, se censura en nombre de la democracia, y en nombre de la democracia se entierran sus propios valores.

Es obvio que la sacralización de la historia tiene una función: conservar la sociedad tal como está; es más, tal como la dejaron los héroes.

Sacralización y cambio social son conceptos antagónicos. Aquí el mito cumple su papel fundamental: lo que es bueno es lo que se hizo al principio, lo que hicieron los héroes. Lo que viene después será bueno si es repetición de ello. El presente es bueno si repetimos el pasado; el futuro lo será si tomamos el pasado como modelo¹⁵. Es la concepción de la historia que toma el pasado como futuro.

Nosotros creemos que el papel del historiador es el de enfrentarse con el pasado, que es su propio pasado, para analizarlo y explicarlo, y así poder explicarse, a su vez, su propio presente.

Este pasado, ya lo hemos dicho, no puede ser el pasado de un hombre ni de unos cuantos hombres, sino del hombre en su plenitud social, es decir, de todos los hombres que conforman el momento y el marco histórico que se estudian.

¹⁴ O’Gorman, Edmundo. “Sobre el problema de la verdad histórica” en Álvaro Matute. *La teoría de la historia en México*. Sepsetentas, 126, 1974, pp. 37-38.

¹⁵ Ver Elíade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza, 1984.

El papel de la historia no es entonces, el de divinizar o “heroizar” a uno o a varios individuos, sino el de explicar su vida y su obra dentro de un contexto histórico y social. En otras palabras, se trata de entender a estos hombres con sus propios defectos, méritos y virtudes individuales pero también como expresiones de su *época* y de sus pueblos. Y se trata de estudiar también a esos pueblos, de hacer esa que Unamuno llamaba ‘profunda historia de hechos permanentes, historia silenciosa, la de los pobres labriegos, que un día y otro, sin descanso, se levantan antes que el sol a labrar sus tierras y un día y otro son víctimas de las exacciones autoritarias’¹⁶.

Así pues, cuando “heroizamos” o divinizamos a los individuos, no hacemos más que regresar al pasado y traerlo al presente **pero no para explicarnos el presente, sino para justificarlo**. Pero con ello evadimos el compromiso de transformar el presente, de hacerlo más humano, que es lo que le da sentido al estudio de la historia.

En cuanto a la relación entre historia y literatura, tenemos que decir, que la creación literaria, es a la vez, un producto de la historia y, en veces, una manera de verla. Es, en todo caso, una manera de ver el mundo, de aprehenderlo a través de la imaginación y del sentimiento. La creación literaria aporta al conocimiento humano, y es en este sentido una fuente para el historiador, ese conocimiento que no da la historia con sus fríos datos, nombres y análisis de estructuras: el ambiente espiritual de una época o de un individuo, con sus sentimientos, sus pasiones y sus angustias. Eso que no queda en los documentos y que no se encuentra en ningún archivo pero que forma parte vital de la existencia humana, muchas veces más importante que todo lo que encontramos en los documentos. Es por eso que, con frecuencia, sentimos que aprendemos más historia en las novelas históricas que en muchos libros históricos que son verdaderos monumentos al aburrimiento, llenos de datos de nombres, de fechas y de números que no llegan a tocar jamás la epidemis de la composición humana.

La polémica que algunos historiadores le han formado a García Márquez por *El General en su Laberinto*, no tiene a nuestro juicio, mayor sentido, salvo para aquellos que vean con horror el hecho de que García Márquez presente una faceta del libertador que no es la del frío e inalcanzable bronce de los monumentos a través de los cuales hemos tenido el conocimiento primario, y a veces único, de Bolívar.

Los historiadores estudiosos de la obra, han sacado a relucir el hecho de que hay inexactitudes históricas, nombres inventados, santos que no existían, planetas que no se veían al amanecer, etc.

Se les ha olvidado por cierto, leer el subtítulo de la obra que dice: “Novela”, término que el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define así: “Obra literaria en que se mira una acción fingida en todo o en parte, y cuyo fin es,

¹⁶ Tuñón de Lara, Manuel, *op. cit.*, p. 16.

causar placer estético, a los lectores por medio de la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes, de caracteres, de pasiones y de costumbres”. Y García Márquez lo logra magistralmente. Nos lleva, en una forma verdaderamente mágica, a seguir el viaje del Libertador por el Río Magdalena, desde su salida de Bogotá, hasta la exhalación de su último suspiro en las Costas del Caribe.

Allí los personajes reales se hacen de leyenda y los personajes inventados se hacen reales. Y en medio de todo, la soledad, la terrible soledad del Libertador. Porque, para nosotros, el Río Magdalena, las amantes con que duerme o con que sueña, no son más que piezas auxiliares para pintar la soledad de Bolívar.

García Márquez es el poeta de la soledad. De la soledad de los poderosos y de la soledad de los pueblos. La soledad de unos no se explica sin la soledad de los otros. Es la literatura desmitificando la historia. Por eso es dolorosa, para algunos, la obra de García Márquez. Porque contribuye, de alguna manera, a correr los velos que cubren nuestra desnudez. Sólo viéndonos desnudos podremos comenzar a ser nosotros mismos. Si la literatura contribuye a ello con mayor razón debe hacerlo la enseñanza de la historia. Y con esto estamos en el punto 3 de este artículo.

Los puntos expuestos anteriormente nos permiten hacer la reflexión sobre este último punto.

Tradicionalmente se ha entendido como función de la historia el convenirse en la memoria de los pueblos.

Sin embargo ya en la época romana, Cicerón iba más allá de esta concepción al denominarla “testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad”.

Es obvio que para el pensador romano, la historia debe ser algo más que una memoria o un simple recuerdo. Cuando dice “testigo de los tiempos, luz de la verdad” hay la idea de que la historia debe convenirse en la conciencia de los pueblos. Y entendemos aquí por pueblo, en su acepción más amplia, la totalidad de una comunidad.

Una comunidad con conciencia histórica es una comunidad que entiende su presente como parte del pasado, como una herencia que tiene que aceptar y reconstruir, no como una herencia absoluta que hay que aceptar y repetir pasivamente, sacralizándola hasta el extremo de afirmar que no hay futuro brillante si no es como una repetición del pasado. “Todo pasado fue mejor”. Es el lema del regreso. Es la renuncia a construir el futuro. Es hacer y enseñar historia de hombres importantes, con sus hechos y fechas respectivas. Pero, con ello, los estudiantes, se aburren y la estudian solamente, como dicen algunos de ellos, para el examen del ICFES. Entonces sucede que los maestros “Solo tratan de que el estudiante aprenda fechas y al pie de la letra y no que se fije en el por qué y el

cómo suceden las cosas y las consecuencias que tienen”. Además “siempre se ve lo mismo (el florero, Bolívar, la mita, etc.)”¹⁷.

Como resultado de lo anterior, no se posibilita en la enseñanza de la historia una reflexión crítica sobre el pasado que genere una praxis sociopolítica para mejorar nuestra organización social. Es decir, la enseñanza de la historia no genera una conciencia histórica, sino una conciencia mítica que acepta pasivamente la realidad como algo intocable, como algo que obedece a la ciega voluntad de entidades metafísicas o a leyes naturales invariables.

Pero este tipo de enseñanza de la historia es sacudido a cada paso por una realidad que se nos muestra continuamente más conflictiva y más acelerada en su cambio. Entonces lo que decimos como maestros no coincide con la realidad y nuestro discurso docente se convierte en algo vacío cuya función inmediata es sostener un oficio y cuya función mediata es sostener inalterable el orden social vigente.

Ahí la enseñanza de la historia pierde sentido y se hace necesario darle un vuelco al proceso para fomentar en el educando, a través de la enseñanza de la historia, el surgimiento de una conciencia crítica y solidaria que lo conduzca a desarrollar una praxis de transformación social. Pero para ello es necesario superar el idealismo de que ha estado impregnada la enseñanza de una historia mítica y tener claro el hecho de que un conocimiento que no tenga como finalidad la transformación del mundo, es un conocimiento que no tiene sentido.

¹⁷ Ver *La enseñanza de la historia y la educación en Colombia*. Bogotá: ECOE, 1989.
Universidad Pedagógica Nacional